

JUAN PITO, EL "ÁNGEL DE LA GUARDA" DE LAS ALPARGATERAS

Fernando HUALDE GÁLLEGO
fhualde@hotmail.es

Venta de Juan Pito



El chirrido de la puerta fue, una vez más, el preludio de la salida al exterior de Juan. Habían pasado ya dos meses de la estación primaveral de aquel año de 1887 y, sin embargo, en esas latitudes del Pirineo roncalés seguía siendo necesario tener encendido el fogón todo el día, de hecho, en la venta los días sin fuego quedaban restringidos a los meses estivales de julio y agosto, y aun y todo... el fuego bajo se agradecía siempre, no solo para cocinar.

Salió con el canasto en la mano; había que reconocer que ese trenzado vegetal de flejes de castaño tenía la consistencia suficiente y sobrada para acarrear en su interior unos cuantos kilos de leña de haya, y en ese interminable invierno –todos se le antojaban a Juan interminables– la leña estaba resultando un aliado sin el que allí sería imposible la vida.

Nunca faltaban huéspedes en la venta; aquél camino, al pie del collado de Arrakogoiti, tenía un trasiego que poca gente imaginaba: los mulateros iban y venían con sus cargas de lana, no en vano la frontera estaba a dos pasos, y lo mismo se podría decir de las alpargateras, y de los souletinos que venían al valle de Roncal a construir bordas y a trabajar la carpintería, y los pastores, y no pocas familias que andaban repartidas, como si de alforjas se tratasen, a ambos lados de la muga; dignas de mención eran también las auchas, esas mujeres a las que los gabachos llevaban hasta la ermita de Zuberoa, en Garde, para que la Virgen hiciese de intercesora para sacar de ellas todos los demonios de los que estaban poseídas.

Pocas veces venía alguien... llamémosle *relevante*; aunque este mes de mayo sí que se había acercado a la venta un personaje de muchos galones, uno

de esos militares que se hacía acompañar de su propio séquito, y bueno... al menos hicieron gasto. Decían que se habían acercado de Madrid a Pamplona para supervisar las obras de construcción del fuerte Alfonso XII, que iba a mantener el nombre del monarca pese a llevar año y medio fallecido. Sus acompañantes le daban el trato de general, pero Juan no entró en ese juego, detalle este que no le acabó de gustar al distinguido huésped.

¿Ya sabe usted con quien está hablando?– le interpeló el uniformado.

La verdad es que no tengo el gusto– respondió Juan mientras no paraba de revolver las migas en el caldero.

De inmediato uno de los escoltas del general le aclaró a Juan, antes de que soltase algún impropio inadecuado, que estaba, ¡nada menos!, ante el general Martínez-Campos, el responsable de la restauración Alfonsina, el "brazo derecho" de la Reina regente María Cristina y máximo mando del ejército en la mitad norte peninsular.

Don Arsenio Martínez Campos se quedó observando cómo reaccionaba el ventero al saber su identidad. Juan, sin inmutarse para nada, y sin dejar de revolver las migas, clavó su mirada en el de los galones, y con voz serena, le espetó:



Antigua imagen de las golondrinas roncalesas.

Y usted ¿ya sabe con quien está hablando?

El general no abrió la boca, pero el ventero dio por hecho que querría saberlo.

Está usted hablando con Juan Hermenegildo Ballaz Gorostiaga... y soy el primer contribuyente de España- sentenció.

A partir de ese instante captó la atención del general consiguiendo que toda aquella comitiva creyese a pies juntillas que aquel ventero de calzones remendados y de sudorosa camisa fuese realmente "el primer contribuyente de España"; era obvio que nadie le iba a mentir al general de forma tan descarada. Y no, Juan no les mintió ni les engañó. Su venta, viniendo desde el territorio francés, era el primer edificio habitado, algo que sin dudarlo le convertía en el primer contribuyente de España.

Pero ese atardecer no hacía el mismo día limpio y soleado que hacía cuando el general subió hasta allí para tomar algo caliente. Mientras cargaba el cesto de leñas Juan miraba hacia ese limitado horizonte de Lakartxela, Lapatia y Arrakogoiti con cierta preocupación; la niebla se desparramaba ladera abajo, y la tarde anterior habían pasado por la venta las primeras alpargateras en su viaje de regreso al valle. Venían de pasar el invierno en las fábricas de alpargatas de Mauleón, y las de la fábrica de Pascal Cherberó habían sido las primeras en finalizar la temporada y en iniciar, andando, el camino de vuelta a casa; un camino, por cierto, repleto de

riesgos y dificultades, tanto más para niñas de esas edades. Ellas mismas le comentaron a Juan que eran las primeras en cruzar ese mes de mayo el Pirineo, que otras muchas venían por detrás, un día más tarde que ellas.

Por ello Juan se apresuró a acabar de llenar de leña el cesto, de arrastrarlo al interior, de alimentar de nuevo el fuego, y de apilarla en ese hueco del que el gato ya se había apoderado. Aún miró de nuevo por la ventana, niebla casi cerrada es lo que vio, e intuía con no poco acierto que cuanto más arriba menos visibilidad habría.

Siguiendo su costumbre de siempre se limpió bien las manos con el agua del botijo, se las secó frotándolas sobre el grueso paño de su calzón, se ciñó los cordones de los zaragüelles y, como si de un ritual se tratase, abrió el cajón de la mesa y extrajo de él su *xirula*, un instrumento musical que desde hacía años era su pasatiempos habitual en los ratos de soledad.

Salió al exterior, se alejó unos metros de la venta y, llevándose la *xirula* a los labios, interpretó la primera de un largo repertorio de piezas. Allí estuvo largo rato, no diremos ni si tocaba bien ni si tocaba mal, de hecho en ese momento era lo de menos. Y de hecho, también, sus interpretaciones musicales una hora después empezaron a obtener sus recompensas.

Llegadas al alto de Arrakogoiti las muchachas, algunas de ellas cargadas en exceso, iniciaron el descenso sabiendo que todo lo que fuese ir cuesta abajo era bajar al valle; pero cierto era que aún quedaban muchos peligros, barrancos y agujeros por doquier, sin olvidarnos de lobos y osos, y aquella niebla que empapaba sus ropas les impedía ver un palmo más allá de sus narices. Las de Cherberó habían tenido suerte, ese día de ventaja que les llevaban les habría permitido seguramente librarse de una niebla como la de esa tarde. Tampoco tuvieron mucha suerte en su viaje de ida, octubre había sido frío y lluvioso a ambos lados del Pirineo, y a ellas les tocó calzarse las zatas en algunos tramos para no hundirse en aquellas primeras nieves que encontraron al bajar hacia Santa Engracia, pero las ganas y la necesidad guiaban sus pasos y empujaban sus cuerpos, el cólera del 85 les había forzado a un pequeño paréntesis que hizo resentirse la economía familiar de aquellas humildes muchachas.

Ahora, en su regreso, no había nieve, pero la niebla tenía un poder especial para desorientar a cualquiera, no valía conocerse bien los caminos.

Llegadas a ese grado de dificultad, de nula visibilidad, ellas confiaban en Juan. Y Juan esta vez tampoco las defraudó.

Enseguida oyeron el sonido de la *xirula* acompañando al rítmico *ttun-ttun* o tambor del Pirineo; aquel instrumento en boca de Juan tenía el mismo objetivo que la vieja campana que hacían tañer en

Juan Pito, el "Ángel de la Guarda" de las alpargateras

la ermita de San Salvador, en Ibañeta, para guiar a los peregrinos jacobeos en los momentos de oscuridad o de niebla. Juan sabía muy bien lo que se hacía; ellas tan sólo tenían que caminar hacia el sonido de aquella rústica flauta sabedoras de que él no iba a dejar de tocarla hasta asegurarse de que habían llegado todas. Ese detalle, esa bonita acción, hacía que de Juan se hablase mucho y bien a ambos lados de la muga; por su forma de guiar a las golondrinas alpargateras, también a cuantos viajeros transitasen por aquellos caminos, se le conocía popularmente como Juan Pito.

Aquella noche las muchachas cenaron caliente, todas alrededor del fogón y a la luz de los candiles de aceite, comentando la temporada laboral, hablando de amores, recordando a la familia con la que al día siguiente se iba a reencontrar después de más de siete meses sin verles. Algunas al salir de Santa Engracia ya habían tenido la suerte de ver al padre o al hermano que les habían salido al paso para recoger casi todo su equipaje tras burlar la vigilancia de los carabineros y llevarlo hasta el valle por caminos que solo ellos sabían. Aquella medida preventiva para evitar que los carabineros les confiscasen parte de lo que se habían ganado con tantos meses de trabajo, esta vez se la hubiesen podido ahorrar, esa tarde noche la frontera se había quedado libre de vigilancia alguna, les pudo la pereza a los vigilantes ante tanta niebla, nada iban a ver.




Santa Engracia.



Moderna recreación de las golondrinas por los puertos del alto Roncal.

A la mañana siguiente, tras el alboroto del desayuno, las golondrinas acabaron de descender hasta Belagua. A partir de allí era momento de despedidas, de reencuentros familiares, de prepararse ante la inminencia de las hierbas, de soñar, algunas al menos, con el regreso a las fábricas de Mauleón para volver a juntarse todas llenando aquellas calles de alegría, para volver a ganarse un salario a base de coser punta y talón.

Tenían ahora el valle y el verano por delante. Atrás, observándolas desde su privilegiada atalaya, estaba Juan, Juan Pito, el ventero... "el primer contribuyente de España". 



Xirula